



En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás minificciones, oficinistas, encuentros con especias extintas y pasto. Musas, cenas, estática, muertos. Almas, robots, serpientes y viajes al pasado. Ceniza, personajes de cuentos infantiles, voces perturbadoras. Cuchillos, autómatas y seres clonados. Tumbas, extraños instrumentos, llamadas y fábricas del miedo.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

Torre de Johan Rudisbroeck

Mientras lees este número, horrible lector, el equipo editorial de Penumbria, acompañado de algunos de los autores que encontrarás en las siguientes páginas, celebraremos nuestro segundo aniversario como Cthulhu manda: con cine de terror y lecturas escalofriantes.

Se avecinan tiempos oscuros... y eso nos encanta.

En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás minificciones, oficinistas, encuentros con especies extintas y pasto. Musas, cenas, estática, muertos. Almas, robots, serpientes y viajes al pasado. Ceniza, personajes de cuentos infantiles, voces perturbadoras. Cuchillos, autómatas y seres clonados. Tumbas, extraños instrumentos, llamadas y fábricas del miedo.

Además, los ganadores de los #minirp 13, 14 y 15. Notarás que nos saltamos los números 10-12. Lamentablemente hace unos días falleció uno de nuestros héroes: H. R. Giger, por lo que decidimos compartirles los minirp que, precisamente, partieron de su obra.

De nuevo muchas gracias por cruzar el pantano verdinegro y acompañarnos estos dos años.

Abrazos biomecánicos.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Él, una minificción

Israel A. Gutiérrez Nava

Don Nadie era un resumen de toda su vida, una sinopsis de su propia existencia, una minificción en las mentes de otros, en la tuya. Cada detalle de él estaba obviado con sólo leerlo en su simple aspecto físico. Todo estaba escrito en cada centímetro de su cuerpo. Si las manos le sudaban, si amaba, si sentía odio, si se le olvidaba algo, si comía sentado en la mesa de la acera, si se ejercitaba, si veía una película, si se asustaba, si gritaba eufórico, si meditaba, cada uno de esos estímulos activaba ecos de voces pasadas atrapadas en su mente que se lanzaban a la lejanía, rebotando entre los desfiladeros, cañones y abismos consecutivos que son su mente, y él los recibía de vuelta en un *loop* en *diminuyendo*, más corto cada vez. Si dormía, todo en su mente se desarmaba y rearmaba como piezas de lego con voluntad propia, piezas que otros le habían obsequiado de la misma manera en que él contribuyó con piezas suyas en la memoria de ellos. Al día siguiente, era él mismo otra vez. Y así diariamente, los ríos de los acontecimientos erosionaban y moldeaban el paisaje interior de ese brevísimo texto llamado Don Nadie.

El día que tú lo leíste, Don Nadie se convirtió en tu material de sueños, al menos por un momento; te regaló de sus piezas de lego sin que te dieras cuenta y tú le diste de las tuyas. Cuando termines de leer, él dormirá; y los recuer-

dos que de sí mismo quedaron en tu mente se irán desarmando, explotando uno a uno, como bombas de tiempo, haciendo de su paso por estas líneas un eco que ahora rebota intermitente entre los muros de tus abismos, cañones y desfiladeros; y de él quedará sólo un *loop* en el momento que tú dejes de leerlo, para después volverse a armar.

Terraformación

Nelly Geraldine García-Rosas

Mi trabajo es ver crecer el pasto. El maldito pasto.

Todo lo que hago está relacionado con ese monstruo de pelos verdes. Por la mañana mido con precisión los mililitros de agua que debe recibir. Cada siete soles cambio el filtro de las tuberías que llegan desde la planta donde se derrite el permafrost. En la tarde modulo la claridad del biodomo para que el pasto sólo reciba la cantidad adecuada de radiación. Antes de dormir ajusto los decibeles de las bocinas que tocan música para él.

El pinche pasto toma el agua más pura del planeta. Yo bebo mi orina reciclada y vivo en una pecera con un remedio de planta que tiene pésimo gusto musical.

* * *

En este momento hay once personas en el espacio. Seis están flotando en microgravedad, usando a la ciencia como excusa para vivir en una lata de sardinas que apesta a flatulencias y hierro quemado. Cuatro más arrear cubos de hielo gigantesco. Los vaqueros de cometas tienen el mejor trabajo porque cada vez que miran por la ventana hay algo nuevo para ver. Algo maravilloso.

Yo estoy viendo crecer el pasto. El pasto de mierda.

* * *

Hace no sé cuántos cientos de soles que sembramos las semillas de mi perdición. Después se fueron y me dejaron con un par de brotes y la promesa del cometa aerofrenado que me dejará salir de esta jodida pecera. Entonces voy a resregarme el lomo como perro sobre el polvo rojo que no tiene nada más que mugre oxidada, que no tiene pasto, ni nada. Y me voy a quedar ahí viendo cómo el cielo cambia de color.

Luego vendrán los colonizadores a sembrar árboles y abrir canales para que el permafrost descongelado corra desde los polos. Y van a pisar el pasto. Y lo van a podar. Y tal vez llueva como no ha ocurrido en millones de años.

* * *

Afuera del biodomo, repartidos por todo el planeta, el ejército de robots bombardea argón a la atmósfera para crear un efecto de invernadero.

Yo espero la estampida de hielo que traerán los vaqueiros y, a pesar de todo lo que no puedo ver desde la pecera, admiro otro atardecer azul recostada sobre el pasto. El pasto hijo de puta.

El encuentro

Julio Enrique Macossay Chávez

Él había esperado tanto tiempo para poder demostrarle al mundo que su padre no estaba loco. Creció resentido porque su papá fue humillado públicamente cuando era niño, como tantos otros. En su caso particular, su progenitor había sido un famoso arqueólogo que había descubierto diversas ruinas. Lamentablemente, todos los aplausos se convirtieron en risas despectivas cuando dio a conocer sus teorías sobre quiénes habían construido y habitado esos lugares. El hijo había hallado consuelo en una profesión muy distinta. Lo había fascinado la física cuántica y la posibilidad de comprender y alterar las aparentemente inamovibles leyes que configuran al universo.

Después de muchos sinsabores por fin sus investigaciones habían logrado cambiar la realidad: había descubierto la manera de viajar en el tiempo; sin embargo, recordando el triste caso de su padre, decidió no revelar al público su invención hasta no haber hecho los experimentos pertinentes. Como es un poco predecible, había decidido matar dos pájaros de un solo tiro. Así que quizá sobra decir que al poco tiempo se embarcó con destino a la época en que esos seres probablemente habitaron el planeta.

Para no ser detectado, el experimento lo hizo en una zona desértica, pero al arribar se sorprendió al notar que antes era un bosque. Avanzó un poco hasta que comenzó a

escuchar rumores. Mientras más se acercaba a la fuente de esos sonidos, comprobó que se trataba de una voz aguda en un idioma que no podía comprender.

Al llegar a un claro en el bosque se encontró con una de las criaturas de las que había hablado su padre, aunque era más pequeña de lo esperado. Supuso que se debía a que tenía frente a sí a un infante. Presa de la excitación más pura, dijo en voz alta sin darse cuenta:

—¡Mi padre tenía razón! ¡Los humanos en verdad existieron!

Al instante el niño se volteó para ver qué había producido ese sonido tan indescriptible. Su horror fue tal al ver aquella masa informe y tentacular que se desmayó al instante.

Cuando sus tías y su madre lo encontraron aún estaba inconsciente, pero al tocarlo despertó profiriendo un grito ensordecedor y diciendo una serie de incoherencias que nadie pudo comprender. Estuvo presa de una terrible fiebre que los doctores le achacaron a unos mariscos que había comido unos días antes.

Tiempo después juraría que las palabras que la criatura pronunció fueron: *lä! lä! Cthulhu Fhtagn.*

Gregorio

Alberto Sánchez Argüello

A Manuel Membreño y su Flojera

Seis meses después de su despido por ajustes presupuestarios, estaba dispuesto a tomar cualquier trabajo. Ya no buscaba más aquellos que le permitiesen cultivar su creatividad, ni siquiera le importaba si pagaban más de mil dólares el mes. Era hora de tomar lo que fuera, incluso cobranza.

Así fue como dio con una empresa relativamente nueva, de esas que aparecen un día en los diarios y saturan la ciudad con vallas que las describen como enormes familias que te ayudarán a crecer y ser feliz. Aplicó apenas vio el anuncio que hablaba de una tercera ola de reclutas; para su alegría lo contactaron una semana después.

Su semana de entrenamiento fue más fácil de lo que había imaginado, tomando en cuenta que jamás se había enfrentado al mundo de los cobradores. Basados en su currículum le dieron un ascenso automático de *field agent* a *office retriever*, que eran los eufemismos en inglés que diferenciaban a los cobradores casa por casa de los que jodían desde interminables hileras de cubículos dotados de teléfonos y computadoras.

El día que le asignaron la suya, le dijeron que tendría de vecino al mejor «recuperador» de la empresa, un chico que

se había convertido en una leyenda como agente de campo, con un récord impecable de cobros en tiempo y forma. Sentado frente a su computadora esperó que llegara el ánimo para comenzar aquella árida labor de perseguir morosos. Buscando perder el tiempo, se asomó a su derecha y vio a un tipo flaco que estaba dormido en su silla reclinable: no le dio la impresión de ser un cobrador exitoso. Al inclinarse a su izquierda se quedó helado. Cerró los ojos creyendo que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero al abrirlos aquella cucaracha blanca gigante seguía sentada ahí, tecleando rápido y con la placa de «Gregorio» en letras doradas en una esquina de su escritorio pulcramente ordenado. El enorme insecto —sintiéndose observado— se volteó, y en un gesto que denotaba gran educación, le acercó una de sus patas con pelillos blancuzcos. Él se tragó los gritos horribles que querían estallar desde su garganta y le dio la mano. Terminado el breve gesto de cordialidad, Gregorio volvió a su teclado y él se dispuso a como pudo a trabajar.

El asco y la repugnancia que sentía fueron bajando con el tiempo, en gran parte gracias a la solidaridad y camaradería del mejor empleado de la oficina. Además, todos querían ser como Gregorio, por eso, con el tiempo no fue nada extraño ver a otros colegas convertirse lentamente en enormes blátidos albinos, hasta que él mismo se fue achataando, ante el regocijo de sus jefes.

Musas

Mariana Esquivel

El cuarto era blanco, iluminado por focos neón que despedían un zumbido monótono y que sólo conferían un aspecto más espectral a los ya de por sí raros concurrentes. Alrededor de diez sillas estaban dispuestas al centro, formando un círculo. Casi todas estaban ocupadas, con excepción de un par. Tomó asiento en una de ellas y pronto sintió las miradas de algunos de los miembros del grupo, otros estaban distraídos, bebiendo café o simplemente perdidos en sus pensamientos.

A los pocos minutos, un hombre de baja estatura y con unos lentes de mucha graduación entró al cuarto. Se sentó en una de las sillas vacantes, aclaró su garganta y con una voz bastante aguda saludó y dio la bienvenida.

«Para los que vienen por primera vez, sólo quiero recordarles que esto es un grupo de apoyo y que estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros». Frunció los labios como si las palabras se agolparan para salir de su boca y él intentara contenerlas.

«No tienen que hablar si no quieren, pero les recuerdo que parte importante de la recuperación consiste en poder expresar su experiencia». Era bastante obvio que había repetido el mismo discurso incontables veces y que se lo sabía de memoria. Aun así, algunos de los asistentes le po-

nían atención con fervor religioso y clavaban en él sus miradas como si fuera una reliquia milagrosa.

Al término de su cantaleta le siguió un silencio sepulcral, pero justo cuando se disponía a reemprender el discurso, un muchacho tomó la palabra.

Debía de tener unos 20 años, era algo desaliñado, llevaba ropa muy suelta para su complexión y su cara estaba enmarcada por unas profundas ojeras. Mientras hablaba mantenía la vista fija en sus rodillas.

«Cuando lo vi, no me asusté. La gente piensa que la reacción natural es salir corriendo y gritando, pero a mí no me pasó eso». El muchacho hizo una pausa y jaloneó las mangas de su camisa.

«Lo primero que vi fue su mano. Me acerqué lentamente hasta que vi todo el cuerpo. Era un hombre no muy mayor. Estaba tirado al lado de un basurero. Primero pensé que era algún vagabundo, pero cuando me acerqué vi que su cara estaba morada, su lengua hinchada y su mirada perdida. Lo habían estrangulado. No podía dejar de verlo, quería tocarlo, sentía que él tenía algo que decirme, algo que transmitirme. Era como si quisiera que yo lo encontrara. De todas las personas que pasaban por ese lugar, él me escogió a mí. Me quedé observándolo, las marcas en su cuello y sobre todo sus labios hinchados y su cara, de un color que nunca antes había visto. Decidí no decirle a nadie y regresar a ver el cuerpo después, pero cuando volví ya habían llegado los policías y paramédicos y él ya estaba dentro de una bolsa negra. Encontrar un cadáver es algo para lo que nadie está preparado, y todos tenemos reacciones muy distintas ante la muerte, ya sea de un conocido o un completo extraño», dijo el hombre de los anteojos.

Antes de que pudiera seguir con su discurso prefabricado, el muchacho lo interrumpió. «No estoy aquí por el trauma que me causó ver un cadáver, a mi... a mí lo que me pasa es que desde entonces busco ese color morado en to-